

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! ¡Ya lo decia yo! interrumpe aquí otro lector: después de tantas palabras, nos sale Riofranco con la patochada de que un *doctor* ha denunciado sus *Notas*. ¿Pero esto le pasma más de lo que le pasmó el hablar la burra de Balaam? ¡Pues digo si será propenso á pasmos! ¿Qué tiene eso de particular? Ese señor doctor lo será en Teología, y las denunciará como heréticas, irrespetuosas, destructoras de una revelación en que se fundan tres religiones, mandando á todos los sacristanes, acólitos y beatas de España echarlas al fuego, y lavarse después con agua bendita las manos pecadoras con que las tocaron. ¿Y para ésto tantas palabras y tanto pasmo, Sr. Riofranco? ¡Esto es abusar del lector!

—Ahí está el toque del pasmo, lector, ahí está el toque: en lo que acaba de decir. El doctor que me las denuncia, no sé si será doctor en Teología, ó lo habrá sido y lo ha dejado de ser después de serlo, si por acaso esto de las doctorías se pueden, como las sotanas, dejar ó tomar á capricho después de 1868. Lo que te puedo decir de cierto es que el doctor en cuestión, aunque haya sido teólogo, ahora no lo es, sino que, al contrario, por lo que escribe es un teologófago, copaz de comerse todos los sacerdotes de todas las religiones habidas y por haber, con toda la Teología que en sus sacerdotales espíritus tuvieran. El cual doctor, dotado de una perspicacia muy superior á todo encomio, después de haberse pasado oliendo mi escritos un año entero, y de observar detenidamente el estilo, tendencias y alcance de mis *Notas*, se ha dado con la mano una palmada en la ancha y despejada frente que no puede menos de tener un doctor, y se ha dichó... *Esto hay que denunciarlo al pueblo*

Tomada esta sublime resolución, cogió la pluma, y, sin encomendarse á Dios ni al diablo, á

título de guardián y vigilante del librepensamiento y de vapuleador de los curas y de las pillerías clericales, hizo su denuncia en serio, y declaró mis *Notas*... ¡Si lo aciertas, lector, te regalo un ejemplar de la denuncia, para que aprendas á escribir culta y sintácticamente!

—¿Heréticas, me dices? No. ¿Impias? Tampoco. ¿Ateistas? Menos. ¿Indecentes? No, no. Pues diga el Sr. Riofranco, que me doy por vencido.

—Pues has de saber lector querido, que el doctor que me ha salido en Barcelona, después de meditarlo mucho, ha denunciado á los libre pensadores, al pueblo español, mis *Notas de Estudio sobre la Santa Biblia*, porque son gato en vez de liebre; porque, en fin, son PROTESTANTES.

—¡Jesús mil veces! ¡Qué atrocidad! exclamas, quedándote, como yo, atónito y pasmado. Pues lo mismo dije ó hice yo, cuando por primera vez lo oí, y ve como no te engañaba cuando te decia ha poco que debía darte cuenta de un pasmo mayor que el que me produjo el hablar de la burra de Balaam.

—No hubiera dicho ella otra que tal.

—Conste lector, que esta observación no es mía, sino tuya. Yo no me permito decir sino que me quedé pasmado, y que cuando el pasmo me fué dejando, me tenté el cuerpo, y sobre todo la cabeza, por ver si yo era yo ó era otro, y si mi cabeza la tenía sobre los hombros ó se me había ido á Alemania á estudiar con los luteranos de Leipzig el Pentateuco; en fin, que estuve un rato en la misma disposición de espíritu que aquel personaje célebre de Molière que sin saberlo había estado hablando en verso mucho tiempo; gracias á la caritativa y sapientísima denuncia del doctor profundo que ha advertido el protestantismo de mis *Notas*.

—¿Cómo se llama ese portento de perspicacia y sabiduría interpretativa?

—¿Que cómo se llama? Eso es lo que él quisiera que yo te dijese, pues parece hombre que tiene començon de hacerse célebre por cualquier cosa, aunque sea una como esta, según se deduce de algo suyo que he leído, en que pide que, aunque sea para combatirle, le contesten; y por si es manía, no quiero fomentársela, que fuera poca caridad, y yo la tengo larga para con todos, y más para con los doctores que tienen tan bien ganada la borla como este doctor, que, de lo que la borla cubre, se ha sacado que mis NOTAS son *protestantes*.

Agradecemosle todos su ocurrencia: tú, lector, por este artículo que nada te enseña; yo por haberle dado motivo á lucirse, y Balaam, de quien debía hablarte ahora, porque tendrá que esperar un poco á que exhume de *Los Números* sus dimes y diretes con Balac, por bendecir en vez de maldecir á los israelitas.

XXII

Cualquiera imaginaria que lo primero que hizo Balaam al oír hablar tan comedidamente á su borrica, sería por lo menos besarla con el amoroso transporte que Sancho Panza á su asno cuando le recobró de la cautividad en que se le tuvo Ginés Pasamonte. Nada de eso. Porque el ángel de Jehová, después de abrir la boca á la burra para que avisara con este milagro al adivino, abre á éste los ojos para que, viéndole, no le tope; milagro segundo en esta aventura que hace completamente inútil el primero, pues si por él el ángel hubiese comenzado, habríale ahorrado á la pobre burra tres palizas y á Balaam una caída, á Moisés el enojo de hacer largo este capítulo, y á mí el de hacer extenso este comentario.

Pero, en fin, cuando el ángel consigue con estos dos milagros que Balaam le atienda, le dice

muy incomodado que va por camino de perdición. Podría haberle contestado el adivino que si por tales andurriales caminaba, por orden de Jehová era; más se limita el infeliz, sin duda asustado por la espada angélica, á manifestar que si el enviado divino gusta, se volverá por donde ha venido.

—No—le replica el ángel—no: lo que quiero es que vayas con esos príncipes, pero que no digas á Balac, y su gente otras palabras que las que yo te ordene. Convenido así, Balaam sigue su camino, probablemente en su borrica, y se presenta á Balac, que le reprende dulcemente su tardanza y le obsequia en grande con una comilona, para disponerle á la ceremonia de la maldición, de que tanto esperaba aquel pobrete del rey moabita, ya en los inexcrutables designios de Jehová destinado á ser hecho jigote por sus hijos predilectos los israelitas.

* * *

Manda disponer Balaam siete altares en Hush, en lo alto de un monte destinado al culto del dios Baal; deguéllanse siete becerros, y otros siete carneros, y después... echa una parábola, que así llama la *Biblia* á unas cuantas frases encomiásticas del valor de los hebreos, y á otras cuantas lindezas sobre su número y la prosperidad que les espera.

Balac, que oye esto, se incomoda con Balaam; pero éste le replica que lo que acaba de decir es lo que Jehová ha puesto en su boca, y que ni puede ni quiere decir otra cosa.

Tantas ganas tenía el rey de oír maldecir á los israelitas, que le ruega al adivino vaya con él á otro sitio, para ver si desde la cumbre de Pisga consigue una mala palabra de Balaam. Vuelta á alzar siete altares, vuelta á degollar siete becerros y siete carneros, y vuelta á bendecir, en vez de maldecir Balaam á los israelitas.

Balac, amoscado con el adivino, le pide que vayan á otro sittio, y que ya que no maldiga á los israelitas, al menos no los bendiga de tan escandalosa manera. Y vuelve Balaam á disculpase, y vuelven á alzarse siete altares, y á degollarse siete becerros y siete carneros, y vuelve Balaam á bendecir á Israel. Balac, encendido en ira, manda enhoramala al adivino, que, desatándose en palabras, le anuncia... todo lo que Israel hizo en varios siglos.

No me queda valor para decir una palabra más sobre este cuento disparatado, en que habla una borrica, es profeta de Jehová un adivino y agorero prostituido en la idolatría de Baal, y se predice hasta la cautividad de los judíos, que aconteció cientos de años después, por quien no sabe que al poco ha de morir, como muere, á manos de los israelitas. Esto hay que leerlo de prisa para reirlo despacio.

* *

Acampados en Sittim, entran las israelitas en deshonestos tratos con las moabitas y madianitas. Y ¡cosa natural! estas mujeres hacen inclinar el corazón de sus amantes al culto de los dioses propios del país, lo que demuestra lo poco que se les daba de Jehová, de quien tan estupendos milagros habían visto, al decir de la *Biblia*; lo que no debe ser más que un decir, pues me parece que, de ser ciertos, no habría hombre que por una mala moza (que no todas las moabitas habrían por fuerza de ser bonitas), tal vez de la cara y greñas de Maritornes, dejase á un Dios que tantos piojos en Egipto había criado, y tal panzada de codornices suministró á su pueblo en el desierto.

A tal punto llegó la fornicación (palabra del texto) y á tal extremo la inclinación del pueblo al dios llamado Baal-Peor, que Jehová, más celoso que un turco de su harem, manda á Moisés

que le ahorque á todos los príncipes de Israel. Moisés, que tampoco en esto de la infidelidad sufría ancas, manda á los jueces que cada cual degüelle á aquel de los suyos que se haya ido con Baal-Peor, pereciendo en esta sarracina 24.000 personas, á quienes no se debe sentir, porque, francamente, debían ser gentuza de muy mal gusto para irse con Baal-Peor, dios cuyo segundo nombre basta para apartar incautos.

* *

Detalle saliente de esta especie de San Bartolomé judáica, digno de la música terrorífica de la conspiración de *Los Hugonotes*.

Trajo un hebreo una moabita á Moisés. Ella se llamaba Cozbi: él Zimri. Tal vez perdidamente enamorados pidieron gracia, que debió serles concedida, cuando se les dejó ir á su tienda. Pero tenía el sacerdote Eleazar un hijo, llamado Finées, que para mostrar su sangre y su celo por Jehová, coge una lanza, va á la tienda, sorprende en ella la pareja enamorada, mata á Zimri, y clava el lanzón en el vientre pecador de la desgraciada moabita. Esta fazaña, además de calmar la cólera de Jehová, le vale á Finées el sacerdocio perpétuo ¡Qué Dios y qué sacerdote!

* *

El capítulo XXVI de los *Números* son verdaderamente números, pues en él se cuentan otra vez los israelitas por sus familias, para repartirles la tierra de Canaan, cuando la conquisten. Estas repeticiones hacen insoportable el Pentateuco.

* *

Tomando pretexto de una historieta, se establece en el capítulo XXVII una ley justa, cual es la de heredar las hembras á falta de varones.

Después Jehová manda subir á Moisés á lo

alto de un monte, le echa una chillería por la rebelión del desierto de Zin, le anuncia que no entrará en Canaan, y que, debiendo morir pronto, elija por sucesor á Josué. Así lo hace el profeta, que por todo nombramiento pone sobre su teniente las manos, por cuyo sencillísimo procedimiento le infunde el don de profecía.

*
* *

Los capítulos XXVIII y XXIX establecen los sacrificios de cada día, de cada sábado, de cada mes y de cada año, así como las fiestas y sacrificios del mes séptimo, cosas ya olvidadas hasta de los mismos judíos, y que para nada sirven, á no ser para perder el tiempo que para leerlas y comentarlas se emplee.

En el capítulo XXX se vuelve á hablar de los votos y se procura que cuantos los hagan los cumplan, por la gran tajada que de este cumplimiento los levitas sacaban.

XXIII

«Y Jehová habló á Moisés diciendo: haz la *venganza* de los hijos de Israel sobre los madianitas.» El profeta del Dios inícuo que manda hacer una venganza, transmite la orden divina, arma 12.000 hombres, 1.000 por cada tribu, para esta guerra, y los lanza sobre los pacíficos y antiquísimos poseedores de la tierra de Madian; la fuerza, no el derecho, les da la victoria en esta guerra de despojo, á todas luces injustificada; y á esta victoria de la fuerza bruta, suceden brutalidades y tropelías sin cuento. Matan los israelitas todo varón de Madian; cautivan y se reparten todas las mujeres y los niños; arruinan é incendian ciudades y castillos; se apoderan de todos los rebaños de los vencidos; roban todas sus alhajas y cometen, en suma, la más horren-

da abominación, todo por orden, en nombre, y para mayor gloria del excelso Jehová, cuyo sacerdote Finées, *con los santos instrumentos*, presidia, y probablemente dirigía en el robo, la degollación, el incendio y el pillaje á tales fieras, que al tomar en boca el nombre de Dios, le escarnecían.

Me da horror considerar la perversidad que supone en el hombre la petulancia de hacer al Ser Supremo cómplice, más aún que cómplice, instigador de los horrores de una guerra de esta especie, que, reducida á mínimas proporciones, es el ataque vil y aleve del bandido miserable, apostado en un desfiladero, al pacífico y acomodado caminante que marcha á sus negocios confiado.

Después de haber arrasado el país, de degollar cinco de sus reyes, cuyos estrambóticos nombres eran Evi, Recem, Zur, Hur y Reba (¡pobrecillos!) y de dar catite al desdichado Balaam, el de la burra parlante, que profetizó tantas cosas y no alcanzó á ver lo conveniente que le hubiese sido escurrir el bulto, los israelitas, cargados de despojos, vuelven á Moisés, que, irritado de que hubieran reservado las mujeres, manda degollar á todas las que entre ellas hubiesen conocido varón, reprendiendo á griamente, en nombre de Jehová á los canibales que habían cometido tanto desmán... ¡por piadosos! Esto es el sarcasmo de la crueldad.

A estas atrocidades de la guerra de Madian sigue en el capítulo XXXI de los *Números* la ley del botín promulgada como ordenanza de Jehová, porque en la legislación mosaica, para que todo sea singular, estrafalario y teológico, lo que en todos los pueblos del mundo ha sido, es y no puede menos de ser convención humana, figura como mandato divino; con lo cual bastaría para hacer aborrecible al Dios judío, que resulta de este modo la personificación de los dis-

paratados antojos y crueles sentimientos de un pueblo bárbaro, vengativo y grosero.

* *

Escolio.—A Jehová, quiere decir, á los sacerdotes, correspondió de este botín lo siguiente: 675 ovejas, 72 bueyes, 71 asnos y 32 *personas*. Item más: los tribunos y centuriones de los 12.000 combatientes *ofrecieron* á Jehová vasos de oro, brazaletes, manillas, anillos, zarcillos y cadenas por valor de 16.750 siclos. ¡*Bocato di cardinale!*

* *

La tierra conquistada fué dada á las tribus de Ruben y de Gad y á la media tribu de Manasés. Esta tierra de Madian, situada á la izquierda del Jordán, era propia para pastores, y á los más ricos en ganados fué entregada, no sin la debida é indispensable intervención de Jehová, Dios que en todo cuanto á Israel se refriese, metíase de hoz y de coz. Con este repartimiento comienza, después de tanto disparatar, algo sólido y práctico, é histórico y serio: el anhelado establecimiento de aquella horda errante, de desconocido origen, en alguna parte.

Jehová, pues, comienza ya á cumplir su promesa, para cuya realización venía sudando la gota gorda hacia la friolera de cuarenta años, en trabajos inmortales que hacen poco honor á su decantada omnipotencia, de que hoy los infelices judíos deben andar sumamente escamados, al verse sin casa ni hogar, desposeídos de la tierra que el gran Jehová les dió *para siempre* en heredad, por un Dios ramplón é infecundo, y de ayer por la mañana, como quien dice, cual es el señor Alah del Sultán de Turquía, amo de la Siria, de que es un distrito la Judea, y de ésta una nimiedad Madian.

* *

Capítulo XXXIII.—Enumeración de las cua-

renta y dos mansiones de los israelitas en el desierto. ¡Horror! Aunque sea verdad este itinerario, trabajo le mando al profesor de Geografía antigua que tomara á empeño trazar sobre un mapa este viajecito de cuarenta y dos paradas en cuarenta años, por las indicaciones de los *Números*, por más que estas jornadas fueran escritas por Moisés, de orden de Jehová, que viene á ser lo mismo que si Jehová en persona las hubiera escrito.

* *

¡Tiene gracia el capítulo XXXIV! ¡Pero mucha gracia! Moisés, nacido en Egipto, recreado en Madian y que en toda su vida había pisado la tierra de Canaan, de la que no tenía otras noticias que las de aquellos exploradores que hizo famosos su canguelo, los cuales á su vez poco de ella habían visto, nos describe en este capítulo, con sus pelos y señales, la referida tierra de Canaan, sus términos, sus linderos y las divisiones que en ellas deberían hacer los israelitas y los principes que entre ellos habían de llevarlas á cabo. Si la lectura de este capítulo no advierte al crítico que está redactado muchos, muchos años después de la monarquía hebrea, puede tirar los bártulos de crítico sin ningún inconveniente.

* *

¡Y sigue la broma en el capítulo XXXV! En él se destinan 48 ciudades para los levitas, con mil codos de ejido á sus alrededores. De la misma manera se marcan seis de estas ciudades para refugio de los homicidas por yerro, ó involuntarios. Pasmémonos de verdad al encontrar en un libro, que de estar escrito por Moisés debió haberlo sido antes de la conquista, determinado ya el número de las ciudades propias de los holgazanes sacerdotes que vivían de un diezmo que no

pudo existir hasta muchos años después, y la octava parte refugio de criminales, condición que jamás adquirió una ciudad sino á la larga, por la costumbre, excepto entre estos israelitas, en todo excepcionales. Conste, en honor del redactor de los *Números*, que anduvo un poco más listo que el del *Deuteronomio*, de que hablaré más adelante, pues aunque marca el número de las ciudades, no las nombra. ¡Algo es algo!

*
* *

En el capítulo XXXVI, último de los *Números*, se establece que las hijas, herederas á falta de varón, se casen con hombres de su propia tribu, para que de este modo la propiedad territorial no salga de ésta; y con parientes, para que aún dentro de la tribu la propiedad no fuese á pasar á distinta familia. Pura troncalidad que, con el jubileo, partió por el eje á los israelitas, á pesar de tener al mismísimo Dios por legislador.

EL DEUTERONOMIO

XXIV

Fuera yo un anotador de chicha y nabo, indigno de la honrosa confianza que me dispensan los cristianos aficionados á ilustrar sus lecturas del Nuevo Testamento con las luminosas enseñanzas que contiene el Testamento Viejo, si fuera ahora á entretenerles con largos comentarios sobre el famosísimo *Deuteronomio*, quinto y último de los libros de Moisés. Y la razón es obvia. El *Deuteronomio* es una recopilación de cuanto en los cuatro libros anteriores se ha dicho repetidamente acerca de la salida de Egipto, de los milagros que la precedieron, acompañaron y siguieron, de la estancia en Horeb y leyes allí promulgadas en nombre del Dios Jehová, y de las mil aventuras, rebeliones y contratiempos que en cuarenta años á los israelitas sucedieron.

¿Y es cosa, pregunto yo, de anotar las repeticiones, por más que éstas sean del propio Jehová en persona?—No: si Jehová se repitió será estilo propio de dioses el repetirse: los míseros mortales que lo hacen desagradan y molestan á sus lectores; y yo ni trató de molestar, ni quiero desagradar á los míos, sino que, por el contrario, me propongo deleitarlos en cuanto sea posible, mostrándoles lo original, admirable y morrocotuo que hay en los libros inspirados por el gran Jehová, que todavía son muchos y contienen pasmos y maravillas á porrillo. Si en las repeticiones del *Deuteronomio* me entretuviese, amén de no poder decir nada nuevo sobre lo que llevo dicho, gastaría, un tiempo precioso, que me están pidiendo á voces los pedernales con que hizo circundizar Josué á los hebreos, y las tijeras con que Dalila le cortó el pelo á Sansón.

*
* *

Después de una recapitulación de sucesos pasados, que se pone en boca de Moisés; de una nueva trascripción de la ley de Dios, ó sean los mandamientos dados en el Sinai; de la enumeración compendiosa de leyes esparcidas en libros anteriores, amonestaciones y recuerdos, el *Deuteronomio* contiene en el capítulo XXVII algo que merece la pena de recordarse, y es una orden terminante de Moisés al pueblo, para que, en cuanto éste pase el Jordán, edifique un altar, y en él, en doce piedras, escriba claras y legibles las palabras de la ley. Es evidente que esta ley, ó sea la ley de Dios, que fuera en resumen lo revelado, de ser la revelación un hecho, al poder ser escrita en doce tablas, forzosamente sería breve: de modo que la pretensión judáica de que el Pentateuco entero es la ley de Dios, ó la ley de Moisés, ó simplemente la ley, es una pretensión pura y simplemente disparatada y contradictoria con el Pentateuco mismo.

*
* *

En este mismo capítulo y el siguiente se declaran doce bendiciones y doce maldiciones, una por tribu, que el pueblo, dividido en dos bandos, había alternativamente de cantar. Nada más brutal y cruel que las palabras de maldición: nada tampoco más positivista y materialista que las bendiciones. Al que cumpliera la ley se le prometen buenas cosechas de pan y vino, buenos partos en las ovejas, lluvias á tiempo, triunfo sobre los enemigos, y dineros en la bolsa. Al que de Jehová y de su ley se apartara, se le profetizan y desean enfermedades, hambres, dolores, peste, malos hijos, minotaurización, y todo género de calamidades. No hay una sola palabra sobre el premio y castigo despues de la muerte, como si no existieran el cielo y el infierno, y todo en el hombre se acabase con el último suspiro. ¿Qué les parece á los cristianos de este trozo del *Deuteronomio*? ¿Qué á los espiritualistas que tratan de autorizarse en la revelación? Porque imagino yo que Dios, en ninguna ocasión más á tiempo que en ésta, pudo hablar de la gloria, del infierno, y hasta del purgatorio.

El versículo XXXVI^{**} del capítulo XXVIII dice textualmente: «Jehová te llevará á ti y á tu rey, que hubieres puesto sobre ti, á gente que no conociste tú, ni tus padres, y allá servirás á dioses ajenos, al palo y á la piedra.» Añadiendo á estas palabras las siguientes, de los versículos XLIX y LII: «Jehová traerá sobre tí gente de lejos, del cabo de la tierra, que vuele como águilas, gente cuyo lenguaje no entiendas... Y te pondrá cerco en todas tus ciudades, hasta que caigan tus muros altos y encastillados, en que tú confías, en toda la tierra...; y comerás el fruto de tu vientre, la carne de tus hijos... en ecerco y en el apuro con que te angustiará tu enemigo...» hay suficiente para decir, con sólo comparárlas á las profecías de Jeremías, que el *Deu*

teronomio, tal cual hoy existe, está redactado después de la ruina del templo y de la trasmigración de Babilonia.

*
**

El capítulo XXX no deja duda acerca de este punto, sobre todo comparándole con los libros de Esdras y de Nehemías, los que reedificaron el templo después del largo cautiverio. Véanse estas palabras, tan de acuerdo con las que después pronunció Esdras: «Y será que cuando te sobrevinieren estas cosas... y volvieres á tu corazón en medio de todas gentes, á las cuales Jehová, tu Dios, te hubiese echado... Jehová también volverá á tus cautivos... y tornará á recogerte de todos los pueblos á los cuales te hubiese esparcido...» Esdras, que era escriba versado en la ley de Dios, que escribió sobre ella, encajó aquí, en forma de profecía de Moisés, lo mismo que en su libro dice haber advertido de palabra para inculcar en su pueblo la fe religiosa, que era su principal lazo de unión, y lo que le daba fortaleza.

De este modo, me parece cosa muy sencilla hacer profeta á cualquiera, hasta á una niña del Tajo, como aquella á quien le dió á Fr. Luis de León la bella y poética ocurrencia, de hacer sacar el cuerpo del río, para parrafear con el picaronazo de D. Rodrigo, que así hizo de ella caso como de las coplas de Calainos, ó como hicieron caso, primero de Moisés, y luego de Esdras, los hebreos. Afortunadamente todos llevaron el condigno castigo: D. Rodrigo ahogándose en el Guadalete, y los judíos perdiendo por segunda vez su nacionalidad y su templo, arrasado por Tito, hijo de Vespasiano.

*
**

Porque, querido lector, ha llegado el caso de ponerte un capítulo del *Deuteronomio* á la vista, el último, para que te convenzas *de visu* de que

este libro, como los anteriores, no fué escrito por Moisés, ni cosa que lo valga. Dice así este capítulo, á la letra:

«Y subió Moisés de los campos de Moab al monte de Nebo, á la cumbre de Pisga... Y murió allí Moisés, siervo de Jehová... y enterrólo en el valle...; y ninguno supo su sepulcro *hasta hoy*. Y era Moisés de 120 años cuando murió; sus ojos nunca se obscurecieron, ni perdió su vigor. Y lloraron los hijos de Israel á Moisés... treinta días. Y Josué... fué lleno de espíritu de sabiduría...; y los hijos de Israel le obedecieron...»

«Y nunca más se levantó profeta como Moisés en Israel.»

Esto es concluyente. Moisés no escribió los libros que llevan su nombre. El *hasta hoy* subrayado, por sí solo indica que proceden de un tiempo muy posterior á la instalación de los hebreos en Canaan. Otras indicaciones, apuntadas en el *Génesis*, demuestran ser el *Pentateuco* posterior á la monarquía: pasajes del *Deuteronomio* mismo, que lo fué también á la primera destrucción del templo. Como por el hilo se saca el ovillo, se deduce de unas cosas y de otras que el *Pentateuco* fué ordenado por alguien, y que este alguien *debió ser* Esdras, ó alguno de los escribas inteligentes, posteriores á él.

Se deduce también que Moisés escribió un libro, una ley, de muchos pasajes, que por no ser pesado no cito, pero que pueden resumirse en este del capítulo XXXI: «Y escribió Moisés esta ley, y dióla á los sacerdotes, hijos de Levi, que llevaban el arca del pacto de Jehová, y á todos los ancianos de Israel.—Y mandóles Moisés diciendo: al cabo del séptimo año, en el año de la remisión, en la fiesta de las Cabañas, cuando viniere todo Israel á presentarse delante de Jehová tu Dios en el lugar que él escogiese, leerás esta ley delante de todo Israel, á oídos de ellos.» ¿Puede ser esta ley escrita por Moisés, entregada

antes de su muerte á los príncipes y sacerdotes del pueblo, mandada leer en la congregación de tantísima gente, ni el *Deuteronomio* ni otro de los libros atribuidos á Moisés? De ninguna manera. ¿Cuál es, pues? Imposible de toda imposibilidad saberlo. Empero he de decir con lealtad que, á mi entender, esta ley debe estar por lo menos repetida cuatro veces en el *Pentateuco*, pues no es otra cosa que los preceptos tabulares del Sinaí, ó el pacto y las disposiciones legislativas que he ido anotando.

Ahora, lector, reflexiona cuanto quieras acerca de unos libros que no se sabe cuando ni por quién fueron escritos; que contienen muchísimos disparates científicos y morales; que están atestados de milagros estupendos, como todos los milagros, imposible de toda imposibilidad... Y si después de reflexionar, no te ries de los desdichados judíos que los creen divinos y revelados é incontradecibles, y aún están esperando el Mesías que en esos libros se les tiene prometido, merecerías ser judío, y que á la edad en que Abraham se circuncidó te obligaran á dar, por cándido, lo que dan los judíos en prenda ó señal de su pacto con Jehová.

EL LIBRO DE JOSUE

XXV

Títulase así, no porque la escribiera Josué, sino porque en él se cuenta la historia del pueblo hebreo en el tiempo que le gobernó este caudillo, hijo de Nun y favorito de Moisés. Aparece este libro como una continuación del *Pentateuco*, sin que su autor, cualquiera que fuese, se tomara el más pequeño trabajo para ocultarlo, hasta el punto de comenzar sus historietas con estas palabras: *Y aconteció después de la muerte de Moisés, siervo de Jehová, que...* Hé aquí la última prue-

ba del grosero error en que caeríamos considerando el *Pentateuco* obra de Moisés.

*
* *

Jehová continúa con Josué las charlas que con Moisés se había permitido, recomendando al novel caudillo que se esfuerce y sea valiente, para llevar á cabo la degollina universal de cananeos que de tantísimos años atrás tenía á Abraham, Jacob y demás parientes israelitas prometida. Mándale además que no aparte de su boca la *ley de Moisés*, ó sea el libro escrito por este profeta, cuyos rastros aparecen en el *Pentateuco* diluidos en un mar de palabras, cuentos, anécdotas, genealogías y demás zarandajas que nos han impedido determinar su exacto contenido.

Josué, alentado por Jehová, echa la proclama consiguiente á sus gentes, recorre el campo, toma las disposiciones oportunas, y pone mano á la obra de la conquista después de tantísimos anuncios, promesas, profecías, órdenes, contraórdenes, avances, retiradas, desviaciones y gatupeos como en cuarenta años de peregrinación desde la escapatoria de Egipto, he venido comentando, no sé si á tu gusto, caro lector, pero sí á mi satisfacción y escrupulosa conciencia.

*
* *

Veamos la hazaña de esta conquista judáica, de tantos siglos resuelta y preparada en los inapelables juicios del alto Jehová, que se recordará tenía mandado raer los cananeos de sobre la haz de la tierra.

Como la primera ciudad importante que, pasado el Jordán, había de topar Josué, era Jericó, allá envió el caudillo dos espías, los cuales, penetrando en la ciudad, se dirigen á casa de una ramera, que me parece un lugar muy poco respetable para posar dos elegidos del Dios que con su dedo (ignoro cual) había escrito el Decálogo,

Esta buena pieza de mujer llamábase Rahab, y no debía de tener el diablo por donde cogerla, pues á lo de ramera juntaba lo de mentirosa y traidora á la patria. Porque, sospechando el rey de Jericó de los peregrinos, manda por ellos á casa de Rahab; mas ésta los esconde y dice á los emisarios del rey que se habían ido, dejando á los respetables y heterodoxos jefes de policía con un palmo de narices.

Sin detenerse éstos á registrar la casa, fiados en la honrada palabra de la ramera, marchan en persecución de los espías hacia los vados del Jordán, en tanto que Rahab, después de decir á sus huéspedes que está enterada de que Jehová hizo el milagro del mar Rojo, y otros cuantos más en su favor, les declara que sabe que Canaan está señalado como presa á los israelitas, y les pide, á cambio del favor que les ha hecho ocultándolos, que el día terrible de la degollina la reserven á ella y su honorable familia la vida. Prometen con juramento los espías lo que la ramera les pide; convienen con ella en una señal que les dé á conocer la casa perdonada, y, hecho el trato entre estas tres decentísimas personas, los judíos se descuelgan por una cuerda al campo y van á contar á Josué lo que tantas fatigas les había costado averiguar, esto es, que los cananeos tenían un canguelo indecible. Dejando por un momento á la ramera en sus ordinarias ocupaciones, vuelve la *Biblia* al campo israelita.

*
* *

Todo era en el movimiento y alegría. El pueblo entero, aquel pueblo salido de los lomos de Abraham, según la imágen bíblica, se agolpaba á la izquierda orilla del Jordán. A la cabeza de la compacta masa de las tribus, los sacerdotes llevaban, atravesada en sus palos dorados, el arca de la alianza, ó pacto sinalagmático celebrado en Sinai entre Jehová y los hebreos. Al tocar

los levitas cargados en el arca las aguas del Jordán, verificase el milagro de que las aguas que venían de la parte de arriba se detuvieran formando un muro. Las de abajo siguieron corriendo, como es de rigor, hacia el mar Muerto, y sobre el lecho seco y enjuto, en cuyo centro estuvieron los sacerdotes, con el arca al hombro mortales horas, pasó la chusma harta de ajos y cebollas que se había escapado de Egipto y los reproducidos en cuarenta años de correrías.

No me detengo á pasarme ante este milagro de secarse el río Jordán, porque tengo entendido que la mitad del año va casi seco. Al lado del milagro acuático de partirse las aguas del mar Bermejo, eso de detenerse la mísera corriente del Jordán, es un milagrejo de pacotilla, y guardo mis pasmos para cosas de mérito en este género, como, por ejemplo, lo de navegar Ebro arriba las cabezas de San Emeterio y San Celedonio, patrones de Santander, para luego, de un salto, atravesar la divisoria, volver á navegar Besaya abajo, y, saliendo al mar, meterse en una lancha de piedra, en que llegaron al pie del castillo de San Felipe en *Portum Blendum*, como sabe todo el mundo.

*
* *

De esta insigne jornada del paso en seco del Jordán, quiso Josué dejar imperecedera memoria, para lo cual mandó levantar en medio del río doce piedras, que dice el texto *han estado allí hasta hoy*. Si algún desdichado, creyendo que las palabras bíblicas son eternas, se da á buscar en el día las doce piedras de Josué... trabajo le mando distinguirlas entre los millones que yacen en el lecho pedregoso de aquel río triste y desolado.

Este *hasta hoy* se refiere á un tiempo. ¿A cuál? Averigüelo Vargas.

Además, en otras doce piedras, tomadas del río, que llevaron en sus hombros doce israelitas

escogidos, uno por tribu, se alzó otro monumento (¡ni la pirámide de Cheops que se le pudiera comparar!) en Gilgal, dentro ya de la codiciada tierra prometida, de las cuales no se dice que subsistieran *hasta hoy*, como de las obras del río; pues ese hoy era un día que ya había visto pasar sobre el monumento de Josué los caballos de Nabucodonosor, que á coces las volvieron al río, de donde, por orden de Jehová, habían sido sacadas.

Idea exacta da este pasaje de lo que debían ser los 40.000 israelitas armados que lanzó Josué sobre cananeos, heteos, amorreos, jebuseos, etc. ¿Qué cultura, qué poder, qué medios tendría aquella horda, cuando no sabe ni puede erigir otro monumento que doce toscas y miserables piedras en recuerdo del más grande acontecimiento de su historia?

¿No es ofender el buen sentido suponer siquiera que estos torpes y miserables esclavos de egipcios, que habían estado cociendo ladrillos á la sombra de las Pirámides, tuvieran en depósito la palabra divina, fueran los elegidos de Dios, destinados á ser la luz y guía del mundo según pretenden? No es escarnio del sentido moral suponer que los cultos y poderosos egipcios eran unos réprobos, y éstos pobres constructores, erueles conquistadores de Canaan, los santos de la humanidad?

*
* *

Erigidos estos deleznales monumentos para que todos los pueblos de la tierra conozca la mano de Jehová (¡ni la de Miguel Angel que los trazara más soberbios!), y en el entretanto que los reyes de los amorreos y cananeos daban diente con diente al tener tan cerca á los hebreos, pasó lo siguiente... Dejo la palabra al *Libro Santo*, como es mi costumbre; con tanto más motivo, cuanto que de no dejársela... ¡Silencio, pluma!